

“LA POESIA DE PORFIRIO BARBA JACOB”

Escribe: JORGE ENRIQUE LEAL G.

Estaba haciendo falta, en verdad, un estudio exhaustivo y documentado que nos descubriera la fuente de aguas-milagrosas con las que Miguel Angel Osorio regó para la inmortalidad las *Rosas Negras* de su poesía; un estudio concienzudo y sagaz que nos alejara de lo meramente anecdótico en la vida del bardo y que, en cambio, nos sumergiera en esas visiones de vida y de muerte —amor y dolor— que en veces alucinantes, en veces ensombreciéndolo todo, vagan por el fondo mismo de todas sus canciones.

Ya sabíamos de su espíritu revolucionario, inquieto y andariego, por las revelaciones que el poeta nos dejó en su *Divina Tragedia*, y algo habíamos entrevisto de sus misteriosos contactos con lo sobrenatural y del viento de pavura que agita sus negras alas a lo ancho y largo de su inspiración, al repasar su relato sobre aquella noche inolvidable en el palacio de la Nunciatura de Méjico, cuando de los trémulos labios del Infantito de la Buena Estrella, entrecortadas y balbucientes, solo acertaban a salir las fatídicas palabras de *Súcubo, Súcubo!*...

Correspondióle en buena hora a Germán Posada Mejía, alternar con aquellos de quienes Barba Jacob predijo que sería tema de elogio inteligente porque lo lograrían comprender; con una laudable independencia de concepto y con una honestidad intelectual a toda prueba, este joven y ya maduro restaurador de nuestras glorias literarias, de cada una de las poesías, de cada uno de los versos, de cada una de las palabras del poeta maldito, desentrañó el sentido y nos entregó el recóndito mensaje.

Cuatro conferencias que fueron, por la vivacidad del diálogo con los asistentes y la intervención de autoridades insos-

pechables en estos achaques de Literatura, cuatro mesas redondas donde el expositor exhibió hasta la saciedad el dominio del tema, la sólida versación en la materia, la benedictina paciencia en la investigación y, por sobre todo, el íntimo anhelo ampliamente conseguido, de situar la poesía de este cantor atormentado en el lugar de jerarquía que le corresponde como a una de las mejor logradas de Hispanoamérica, par de la de Quevedo, Darío, Unamuno, Nervo y varios más.

Indudablemente uno puede disentir de algunas de las apreciaciones de Germán Posada, mas justo es confesar que debe en otras deferir a sus juiciosos conceptos. Nosotros, valga el caso, no estamos de acuerdo en que el poema *Acuarimántima* sea lo mejor de Barba Jacob; continuaremos sosteniendo que el escabel de la gloria de este mimado de las musas lo constituye su imperecedera *Canción de la Vida Profunda*; el primero, a nuestro juicio, oscuro por demás y en muchos pasajes ininteligible, no es sino la autobiografía, el relato de momentos más o menos íntimos, la expresión, *sotto il velame degli versi strani*, de sensaciones personales y de febriles fantasías del autor; quizá leyendo este canto, Rafael Maya afirmó que Porfirio era un poeta esencialmente lírico, porque solo expresaba sus sentimientos; veamos estos trozos:

...*Yo descendí de la antioqueña cumbre,
el alma en paz y el corazón en lumbre
de austera estirpe que el honor decora,
y el claro sortilegio de la aurora
bruñó mi lira y la libró de herrumbre.*

*Y fui, viajero de nivoso monte
y umbria roza de maíz, al valle
que da a la luz su fruta entre su llama,
y había miel de filtros de sinsonte
que derrama canción de rama en rama.*

*Y el mar, divino, a mí divinamente
su honda virtud hizo afluir entera:
gusté su yodo... y la embriaguez ignota
de no sé cuál sagrada primavera
bajo la paz de una ciudad remota.*

Fulgía en mi ilusión Acuarimántima...

... *Mi pena errante con mi vino loco,
en el turbión del vicio la sepulto.
Soy huésped de garitos y tabernas:
disputo al "puede ser" un pan ingrato;
y dejo que mi carne, rüin loba,
de lúgubres anhelos arrecida,
se me abandone al logro del deleite,
desnuda en la impudicia de la vida.
Entúrbiase la clara inteligencia;
la idea afluye en nieblas ondulantes;
es el goce monótona frecuencia,
igual en el deliquio y el suspiro...
Dadme un beso, un contacto y una esencia
—una sensualidad— de nuevo giro!...*

... *Que mi rumor se extinga blando, tenue,
ola en onda, onda en pompa, pompa en iris,
como vágulo aroma en la memoria;
y me reintegre a la epopeya trunca
en la ciudad de nieblas de mi gloria.*

Cantan en el crepúsculo... Armonía!

*Y que olvide la brega transitoria,
y el no ser más y el no ser menos nunca
del hilo de oro del collar del día.*

Armonía! Armonía!

*Y el ancla suelte a místicas regiones,
no humano ya mi desear: divino
mi poseer,
mientras en el desmayo del crepúsculo
rueda sobre los ásperos terrones
el carro del campesino,
y fulgura, real, tras el velo de mis lágrimas,
erigida por mi dolor con el mármol de mi poesía,
y mía! —mía, mía!—
mi nebuléa, azulina Acuarimántima...*

Armonía! Armonía!...

La Canción de la Vida Profunda, como antes el *Nocturno* de Silva y al igual que los *Ritos* de Valencia, es un mojón luminoso en el ascendente camino de la poesía nacional; si bien es eminentemente lírica, porque al decir de Antonio Llanos "en cada una de esas voces nos entregó el poeta su dolor y su alegría, su angustia y su duda", puede catalogarse, en nuestro modesto sentir, entre los poemas épicos, pues expresa, siquiera sea en

breves líneas, un estado de alma universal de ayer, de hoy, de mañana y de siempre; es el grito de la humanidad de todas las latitudes y de todas las épocas; su héroe epónimo, ese débil junco que es el hombre, en su eterno peregrinar tiene y tendrá momentos móviles, fértiles, sórdidos, plácidos, lúbricos y lúgubres y un día ineluctable para jamás volver... Su sitio se halla al lado de los grandes poemas que ha producido el ingenio humano y el nombre de Barba Jacob, por este solo alumbramiento feliz de su inspiración, brillará con luz propia entre los de los más excelsos liridas. *La Vida Profunda* —guardadas proporciones de longitud y tema— produce al leerla, como el Quijote, esa extraña sensación de que estamos repasando nuestra propia historia; y si muchas veces hemos creído que el Caballero de los Leones somos nosotros; que el Caballero de la Triste Figura somos nosotros; que el audaz Caballero de los Molinos somos nosotros; que el enamorado Caballero somos nosotros, que también muchas veces somos nosotros el Sancho bueno, el Sancho discreto, el Sancho malicioso, no es menos cierto que cada uno de nosotros somos las leves briznas al viento y al azar; que en nuestra alma brotan florestas de ilusión; que la noche nos sorprende con sus profusas lámparas tasando el Bien y el Mal; que un trino y hasta las propias penas nos hacen sonreír; que la redondez de un fruto nos vuelve a estremecer; que bajo el peso de una angustia indecible hemos dudado si acaso ni Dios mismo nos pueda consolar y que aguardamos con un mucho de esperanza y un no poco de zozobra, aquel día en que ya nadie nos pueda detener...

Rebajar el significado de este poema acudiendo para ello a la técnica, discutible indudablemente de la factura de los versos, es darle la razón al argentino Oyuela quien dijo del *Nocturno* de Silva que era una *tartamudez pueril*.

Germán Posada Mejía, más que una promesa como atrás lo dijimos, una joven realidad dentro del escaso grupo de revaluadores de nuestro acervo cultural, se halla suficientemente preparado para acometer la edición de la obra completa del equivocado bardo de Santa Rosa de Osos, precediéndola claro está, a manera de prólogo, de estas cuatro eruditas conferencias que, en las frases certeras de Agustín Rodríguez Garavito “serán un aporte serio a la necesidad de esclarecer el mundo de llamas, ardores, crepúsculos, sueños rotos y esperanzas de niño que forman la atormentada trayectoria del gran poeta colombiano”.

No queremos concluir este breve comentario sin transcribir para deleite espiritual de todos, una de las poesías fundamentales de Barba Jacob:

PARABOLA DEL RETORNO

*Señora, buenos días; señor, muy buenos días...
Decidme ¿es esta granja la que fue de Ricard?
¿No estuvo recatada bajo frondas umbrías?
¿No tuvo un naranjero, y un sauce, y un palmar?*

*El viejo huertecito de perfumadas grutas
donde íbamos... donde iban los niños a jugar,
¿no tiene ahora nidos y pájaros y frutas?
Señora ¿y quién recoge los gajos del pomar?*

*Decidme ¿há mucho tiempo que se arruinó el molino
y que perdió sus muros, su acequia, su pajar?
Las hierbas, ya crecidas, ocultan el camino.
¿De quién son esas fábricas? ¿Quién hizo puente real?*

*El agua de la acequia, brillante y fresca y pura,
no pasa alegre y gárrula cantando su cantar;
la acequia se ha borrado bajo la fronda obscura,
y el chorro, blanco y fúlgido, ni ríela ni murmura...
Señor, ¿no os hace falta su música cordial?*

*Dejadme entrar, señores... ¡por Dios! Si os importuno,
este precioso niño me puede acompañar.
¿Dejáis que yo le bese sobre el cabello bruno
que enmarca, entre caireles, su frente angelical?*

*Recuerdo... Hace treinta años estuvo aquí mi cama;
hacia la izquierda estaban la cuna y el altar...
Decidme ¿y por los techos aún fluye y se derrama,
de noche, la armonía del agua en el pajar?*

*Recuerdo... Eramos cinco... Después, una mañana,
un médico muy serio vino de la ciudad;
hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana...
Nosotros indagamos con insistencia vana,
y nos hicieron alejar.*

*Tornamos a la tarde, cargados de racimos,
de piñuelas maduras, de gajos de azahar.
La granja estaba llena de arrullos y de mimos:
¡y éramos seis! Había nacido Jaime ya!*

*Señora, buenos días; señor, muy buenos días.
Y adiós... Sí, es esta granja la que fue de Ricard,
y este es el viejo huerto de avenidas umbrías,
que tuvo un sauce, un roble, zuribios y pomar,
y un pobre jardincillo de tréboles y acacias...*

¡Señor, muy buenos días! Señora, muchas gracias!